

APROXIMACION A LA PROTOHISTORIA DE MURCIA

POR

NURIA SUREDA CARRION

«Si alguien se desinteresa de ajustarse a la verdad, si no tiene la voluntad de ser verídico, es intelectualmente un bárbaro».

(ORTEGA Y GASSET)

En la Historia Antigua de la Península Ibérica, la provincia de Murcia tuvo un papel relevante por sus riquezas metalíferas que atraen a los comerciantes de las talasocracias mediterráneas y por su situación geográfica favorecida con el magnífico puerto natural de Cartagena accesible a los navegantes. Sin embargo, carecemos de una *síntesis histórica* que nos proporcione un mínimo conocimiento de su pasado indagando cuáles fueron las «raíces históricas» que han forjado el presente. Las monografías arqueológicas han desvelado muchos aspectos económicos, tecnológicos, culturales, etc., de los antiguos pobladores, pero los datos obtenidos no han sido incluidos por los «especialistas» en Historia Antigua en su propio contexto histórico, como debe hacerse al entrar en la Historia con las referencias a *Tartessos* de cuya civilización formó parte el antiguo Reino de Murcia —«*cora de Tudmir*» de los árabes— hoy desmembrado y reducido administrativamente a una única provincia.

En una de las hipótesis más verosímiles y sugestivas formuladas en los últimos años se afirma que «*Tartessos*», como defendió siempre Gómez Moreno, no fue más que la *continuidad* de las herencias megalítica y argárica» (1), hipótesis que ha tenido escaso eco: los arqueólogos que trabajan en Murcia se limitan a recolectar materiales y menosprecian los datos del Sudeste sin observar dicha «continuidad» en la provincia de Murcia —donde se desarrolló la Cultura Mastiena

(1) BLANCO FREJEIRO Y RÖTHENBERG: *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva* (EAH), ed. Labor (Barcelona 1981).



del Argar— territorio que está comprendido en el mundo de «Tartessos» según los textos históricos.

Esta aproximación a la pre-protohistoria de la región natural de Murcia —entendida en sentido amplio— no puede ser una síntesis completa, labor larga y trabajosa que requiere la colaboración de los especialistas y me obliga a seguir las opiniones de los arqueólogos (principalmente Lillo Carpio, 1989) aceptando su profesionalidad.

Me limitaré a destacar los datos arqueológicos que permitan desarrollar un día la deseada síntesis *histórica* que explique la Protohistoria de Murcia, y dejaré constancia de mis discrepancias con los «especialistas» cuando intervienen las fuentes escritas. A través de la Arqueología podremos observar *la continuidad* de un pueblo singular —desde la Prehistoria a la mítica «Tartessos»— una población que forja paulatinamente su propia personalidad gracias a contactos y mestizaje con otros pueblos: la «historia arqueológica» del mundo indígena murciano nos ayuda a comprender el pasado para conocer mejor el presente y prever el futuro.

Los fósiles de Cueva Victoria (Murcia) demuestran que este yacimiento es el más antiguo de Europa y Asia —por ahora— en cuanto a presencia humana (Gibert y otros, 1989). El que conozca la provincia de Murcia en la actualidad, difícilmente puede imaginar lo que fue en la época Paleolítica cuando en el Campo de Cartagena y Mazarrón hay elefantes, rinocerontes, lince, hienas, caballos, ciervos... Hace unos 40.000 años —etapa en la que se destaca todavía la presencia de los elefantes (citados en La Atlántida)— el hombre tenía sus asentamientos en los términos de Lorca, Totana, Mazarrón y Cartagena. La etapa de transición entre el Paleolítico y Neolítico —Epipaleolítico— es un tránsito lento y paulatino en el que el hombre consigue modificar el ecosistema y lograr el control de la naturaleza.

Durante el Neolítico (2) pronto aparecen las primeras manifestaciones artísticas: el arte rupestre levantino «está considerablemente representado en la región murciana». Según Beltrán, se inicia en el VI milenio a.C. y se supone que llega hasta el III milenio con representaciones del hombre y animales como el toro, ciervos, etc. La fase en que las escenas de conjunto se potencian correspondería al Neolítico final, en el tránsito del IV al III milenio.

En el V milenio a.C. en las costas mediterráneas españolas se refleja la acción de «comunidades colonizadoras» (Lillo Carpio, 1989), y cuando el Neolítico se acerca al III milenio —época plena y mejor representada en la región de Murcia— *el cobre* hará acto de presencia.

(2) A. M.^a MUÑOZ DE AMILIBIA: *El poblamiento antiguo en la provincia de Murcia*, Cuadernos de Historia n.º 10 (anexos de la revista HISPANIA) (Madrid 1983).



EL CALCOLITICO O EDAD DEL COBRE

El período llamado Calcolítico o Eneolítico, edad del cobre, se inicia a fines del IV milenio a.C. y el área del Sudeste es *pionera* en sus comienzos que, lentamente, van a originar la aurora de la *metalurgia* en el occidente mediterráneo. En esa etapa se potencian nuevas explotaciones como el «comercio de minerales» y se desarrollan y perfeccionan procesos y «técnicas textiles y de cestería».

Los asentamientos del Eneolítico han sido denominados «*protourbanos*» y en la región de Murcia van desde los más evolucionados, con recinto cerrado por «una compleja muralla» con bastiones o torres, hasta las simples cabañas colectivas de pastores de montaña: estos asentamientos, como el del Cabezo del Plomo en Mazarrón, la Bastida de Totana o el Cabezo de las Víboras, en Bagil, Moratalla, y otros tantos poblados, ocupan un privilegiado sitio estratégico, «todos ellos tienen una muralla cuidadosamente construída con hiladas de piedra, a veces curiosamente dispuestas, evocando lo que será el *opus spicatum* de los paramentos romanos» (Lillo Carpio, 1989).

Estos poblados se han relacionado con prototipos existentes en Chipre y Anatolia (Asia Menor) en hipótesis que «plantean la presencia de colonizadores ávidos de metales (especialmente cobre y estaño) y transmisores de peculiares ideas religiosas». Los idolillos se suelen decorar con grandes ojos, como soles. Los ídolos en placa de hueso —en algunos se representan conejos y reptiles— han sido relacionados por varios autores con tipos semejantes de la Edad del Bronce del Mediterráneo Oriental. Según Lillo Carpio, el conjunto de ritos y símbolos «denota una religiosidad con muchas afinidades con otros complejos culturales del Mediterráneo».

En el poblado de Los Millares (Almería) existe una posible *canalización* artificial para riego, y en el yacimiento Eneolítico de El Prado de Jumilla (Murcia) «se han constatado obras semejantes». El poblado de El Prado está en llano y en su día fue la orilla de una laguna, los habitantes hicieron *canales* y muretes de barro entre las viviendas. Estos eneolíticos que sabían hacer zanjas y construir muros de arcilla compacta cuidadosamente nivelada, parece que obtuvieron su experiencia en tareas agrícolas de regadío: se documenta el cultivo de *la vid* la presencia de vegetales y restos de silos o pequeños graneros (trigo, cebada).

En la región murciana «están representadas los tipos *megalíticos* más significativos» de enterramientos colectivos («tholoi»): el sepulcro del Cabezo del Plomo (Mazarrón) —con cubierta de falsa cúpula por aproximación de hileras de piedra— tiene una fecha de 3.245 a.C. según las dataciones isotópicas.

En las cercanías de Lorca, un enterramiento en cueva presenta restos de «una túnica de lino finamente tejida, con cordones y flecos, que pone de manifiesto la pericia *técnica* alcanzada con el manejo de los telares». Las cerámicas, excepcio-



nalmente están decoradas con *pintura roja* (Cueva de los Tiestos, Jumilla), un singular tipo de vasos son los fabricados en yeso y decorados con motivos geométricos incisos, típicos del Eneolítico de la provincia de Murcia.

En esta sociedad Eneolítica o Calcolítica aparecen los primeros prospectores de metales, los primeros *metalúrgicos* de la región murciana. Los punzones de *cobre* están engastados en asta de ciervo, en huesos largos o en madera.

LA EDAD DEL BRONCE O CULTURA MASTIENA DEL ARGAR DE MURCIA

El dominio de la fundición del cobre y sus aleaciones se consigue en la etapa de la Cultura del Argar, fase plenamente *metalúrgica* que se inicia en el II milenio a.C. En esta etapa el hombre sigue haciendo uso de la piedra como elemento básico y el metal, «el *bronce* sobre todo, es un exponente casi mágico de la prepotencia de unos pocos» (tal como sucedía por las mismas fechas en muchos lugares del Mediterráneo).

En los poblados argáricos de la provincia de Murcia el perímetro urbano se rodea de una cerca defensiva que «a veces llega a ser una impresionante muralla». Algunos poblados, según Lillo Carpio «pueden calificarse de pequeñas *ciudades*»: murallas con bastiones y poternas, cisternas, rampas de acceso, escalones y drenajes muestran «una planificación perfecta del área habitada». Hay viviendas con una escalera adosada al muro exterior que da acceso a la techumbre. Predomina la planta rectangular aunque hay habitaciones curvas y en la fase tardía aparecen plantas absidales. Adosados a los muros construyen poyos generalmente con piedras o adobes recubiertos de barro. En el interior, casi siempre en los ángulos de los muros, excavan pequeños silos de almacenamiento enjabelgados en su interior con una capa de arcilla. Bajo el pavimento depositan a sus muertos.

La ganadería y especialmente la agricultura se potencian extraordinariamente en la época argárica. La base de la alimentación era el cereal, en especial trigo y cebada. En Murcia aparecen también semillas de acebuche, uva, lentejas, garbanzos, guisantes, lino, comino y ajo entre otras especies cultivadas. Vértebras de salmón que, ensartadas, se utilizaron como cuentas de collar, parecen demostrar que, entre otros peces, «pescaban el salmón que periódicamente remontaba la red fluvial del Segura para desovar».

La artesanía *textil* en la región murciana estaba muy evolucionada y fabricaban cordones de lino de gran sutileza y calidad: han llegado hasta nosotros cintas y restos de vestidos, de lino principalmente, y se conservan las pesas de «telares verticales que se usaban para la fabricación de telas anchas».

Lo más importante de la etapa argárica es la evolución *tecnológica* y el pro-



greso que representa el conseguir *altas temperaturas* –capaces de alterar los óxidos metálicos– «hasta entonces desconocidas». Las cerámicas, de notable perfección y simetría, al menos las de mejor calidad, eran cocidas en hornos especiales que alcanzaban temperaturas que rebasaban los 800 °C. Muchos ejemplares de «pithoi» (especie de tinaja de gran capacidad) fueron decorados con *pintura roja*. Las cerámicas argáricas en «forma de copa» se relacionan con piezas similares de las culturas de la Edad del Bronce del Mediterráneo Oriental.

En esta sociedad argárica «se detecta la presencia de una clase que controla y dirige a las colectividades con especial carácter carismático» –(en otras palabras, es una sociedad con estructura monárquica, con un rey «divinizado»)– y se observa «un apogeo en las producciones y en el comercio», con la «sorprendente» (?) presencia de cuentas de collar *egipcias* correspondientes a la dinastía XVIII «demostrando que los contactos con otros puntos del Mediterráneo parecen irrefutables» (Lillo Carpio, 1989).

LA MINERIA EN LA CULTURA MASTIENA DEL ARGAR DE MURCIA

La minería adquirió un auge considerable y «un desarrollo *técnico* muy avanzado». En los poblados argáricos murcianos se encuentran pequeños crisoles de roca volcánica y *moldes de fundición* (univalvos y bivalvos) con los negativos de las piezas (punzones, barras, hachas y hojas). Las piezas fundidas destacan de los contextos culturales coetáneos, sobre todo «por la belleza y volumen de las piezas de gran perfección técnica». Esta industria del bronce tiene «su exacto paralelo» en las industrias micénicas (3).

Las hachas son planas, y aparece el cuchillo o puñal corto, triangular y de hoja gruesa, que lleva una serie de orificios en los que los correspondientes *remaches de plata* lo sujetaban al puño de madera. Una serie de instrumentos como punzones, escoplos, cinceles y cortafríos, parecen una «evolución de prototipos en piedra pulimentada que ganan efectividad al ser diseñados en metal», en esta etapa de *revolución tecnológica* en la región murciana.

Hacia el 1600 a.C. aparecen las denominadas alabardas evocando en tamaño mayor las figuras de los puñales con número variable de remaches. Siguiendo el diseño y estructura de los pequeños puñales triangulares y las alabardas, hacia el 1400 a.C. aparece *la espada* en tumbas masculinas de «personajes importantes» (monarcas); estas espadas, claveteadas de plata e, incluso, a veces, con empuñadura de oro, son propias de «príncipes» (Maluquer 1985): según Lillo Carpio, son armas fabricadas para la lucha del hombre contra el hombre, es decir, la espada «es un arma especialmente estudiada para atacar y matar al hombre» (¿para la lucha de los «atlantes» contra los micénico-atenienses?).

(3) J. MALUQUER DE MOTES: *La civilización de Tartessos*, Biblioteca de la Cultura Andaluza, n.º 18 (Sevilla 1985).



Tal como sucedió entre los primitivos egipcios y chipriotas, que fabricaban «armas de bronce arsenical, sin rastro de estaño» (Gómez Moreno, 1949), en la fase argárica las piezas metálicas de cobre aleado no son propiamente bronce en su mayoría, pues llevan plomo y otros metales, sobre todo arsénico. En el Bronce Medio del Sudeste Mastieno los procesos y laboreo de metales y su metalurgia se hace prácticamente a boca de mina y la obtención de minerales se practica sin problemas técnicos de extracción. Para los objetos de adorno se utilizan preferentemente la lámina y el hilo de plata, cobre o bronce y excepcionalmente el oro como en la diadema de Cehégín (Murcia). Los tipos de las *diademas*, al parecer, se originan en Creta propagándose por el Egeo desde donde llegan a nuestra Península (Maluquer 1985).

Muchos poblados argáricos, entre otras funciones económicas podían desarrollar las inherentes «al control de las *rutas mineras*» (4) desempeñando una estrategia de apropiación de los recursos, de tal forma que las rutas comerciales de El Argar suelen ser consideradas como «*rutas del metal*».

La riqueza en yacimientos metalíferos es la base de la pujante economía de toda la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro, ya que atrae a los comerciantes de las talasocracias mediterráneas. Se supone que la fase final de la Cultura Mastiena del Argar «pervive hasta el siglo X a.C. aproximadamente»; el Bronce Final va a perdurar hasta fines del siglo VIII a.C. cuando se impone la etapa llamada por los arqueólogos «Orientalizante» que en la región murciana llega hasta el siglo V a.C. en que «comienza la cultura ibérica» según Lillo Carpio (otros especialistas remontan el inicio de la cultura ibérica al siglo IX a.C. y establecen en el siglo V a.C. su fase de «apogeo»).

LA EDAD OSCURA DE LA PROVINCIA DE MURCIA

A finales del II milenio a.C., hasta que no adquiere su apogeo la Edad del Hierro, en la provincia de Murcia se observa una prolongada situación de tránsito, una *edad oscura* del final de la Edad del Bronce aunque algunas investigaciones «muestran la existencia de una vida material importante durante los siglos XI al VI a.C.».

Todo parece denotar que el Bronce Tardío en la región murciana «es una dilatada prolongación de la Cultura del Argar» con fuertes influencias de las culturas del bronce de la Meseta castellana (Cogotas I), a mi entender, tal vez debido a una incursión de pueblos que fueron llamados «celtas». Muchos poblados argáricos van a ser abandonados progresivamente y se deduce que la cultura del Bronce Tardío representa «un retroceso» con respecto a la del Argar. Los pobla-

(4) H. SCHUBART y O. ARTEAGA: *La Cultura de «El Argar»*, Rev. *Arqueología* n.º 24-25-26 (Madrid 1983).



dos carecen de la densidad y estructura que tenían, «las murallas anteriores se reutilizan» y, a veces, incluso «se desmontan» las murallas argáricas para utilizar sus materiales como elementos constructivos de las «nuevas viviendas formando conjuntos de menor entidad» (Lillo Carpio, 1989).

Todos los indicios inclinan a pensar que una serie de factores —entre los cuales, a mi juicio, no hay que descartar el cataclismo descrito en *La Atlántida*— han hecho entrar en recesión la economía y la sociedad de las comunidades metalúrgicas del Sudeste Mastieno haciendo más difuso el testimonio de su presencia, «son gentes *trashumantes* en su mayoría y sus medios de vida son contingentes». Sus cerámicas tienen pervivencias de tipos argáricos y aparece una nueva técnica, la cerámica excisa, decorada sobre barro aún fresco.

Hay también «una crisis en cuanto a las actividades metalúrgicas» en el área murciana. Se ha planteado que la crisis postargárica de la industria minero-metalúrgica podría deberse a la ausencia de estaño en esta fase cultural en que el bronce es verdaderamente aleación de cobre y estaño, hipótesis improbable según Lillo Carpio «porque la presencia de estaño en la zona costera murciana es realmente abundante»: en la sierra de Cartagena los veneros de estaño llegan a abarcar casi el cien por ciento de la producción nacional en 1909, y en muchos casos «presentan afloramientos de superficie que perfectamente pudieron ser puestos en explotación en épocas pretéritas». Por tanto, hay que descartar la ausencia de estaño como factor del «declive» de las poblaciones postargáricas en la región de Murcia.

En opinión de Lillo Carpio, se pueden considerar como factores importantes de dicho «declive» la presencia de contactos coloniales en otras áreas como «la Baja Andalucía, en una fase inicial de lo que *va a ser Tartessos*» (?); también, «el *despoblamiento* de la franja costera murciana» por temor ante contingentes venidos del exterior y sobre todo, «un envejecimiento» de los esquemas socio-económicos anteriores, frente a «la adecuación» de las regiones litorales andaluzas a una actividad comercial estimulada por los primeros establecimientos coloniales en el área andaluza.

Sin embargo, no hay que olvidar que sólo después de un largo período de comercio con los «iberos» («Diodoro V 20-35), que en esa época no deben confundirse con los «celtas» andaluces, los fenicios fundan Cádiz tras enriquecerse con la *plata* del Sudeste Mastieno —plata que probablemente hizo aflorar el cataclismo de *La Atlántida* (*)— comprendido en el Reino de Tartessos: el testimonio más antiguo de la «presencia fenicia» es el ancla hallada en las costas murcianas con inscripción del siglo IX a.C. como mínimo, en consecuencia, habría que buscar otras causas del «declive» postargárico.

(*) Está a punto de salir en la revista *HISTORIA Y VIDA* mi trabajo titulado: «*La Atlántida, mito y realidad*».



EL BRONCE FINAL EN LA REGION MURCIANA

En la etapa metalúrgica del Bronce Final se crean piezas mediante «nuevas técnicas» (?) y los tipos evolucionan, pero lo más significativo de esta época es que las aleaciones son con estaño, es decir, auténtico *bronce*. Se fabrican espadas, hachas de apéndices laterales o características fíbulas de codo.

En este momento se detecta claramente en las costas meridionales de la Península la presencia de estímulos venidos del Mediterráneo Oriental. En el siglo X a.C. quedan definidas las rutas marítimas que «desde Anatolia y el área del Egeo marchan hacia el Oeste»: estos navegantes «son los portadores de productos orientales» que arraigarán en la Península, como «las hachas de apéndices laterales, originarias de Anatolia», que llegan a nuestras costas «y de inmediato aparecen *moldes* para su fabricación por las poblaciones autóctonas de la región de Murcia», según Lillo Carpio es una época de fuerte influencia de las gentes del Atlántico «más avanzados desde el punto de vista *tecnológico* en esta fase cultural», pero no precisa en qué consiste ese mayor avance «tecnológico». Precisamente, en la primera etapa «fenicio-tartésica» los mineros andaluces todavía siguen utilizando en las minas los «picos de piedra», el uso de herramientas de metal como los cinceles sólo «se supone» por marcas en los muros de las minas de Huelva en la etapa del Bronce Tardío y Edad del Hierro (EAH 166).

En cambio, «en la región de Murcia la actividad metalúrgica es intensa», y prueba de ello «es el considerable número *moldes* y restos de *hornos* de esta época conocidos en la región murciana». La actividad metalúrgica «vuelve a fundir los elementos deteriorados» o pasados de moda y a través de los comerciantes orientales, los metales, sobre todo el bronce se exportan por vía marítima.

En el siglo IX a.C. los arqueólogos detectan en la región murciana las influencias de la cultura de los Campos de Urnas y las de la Meseta. Se sospecha que «la aparentemente sólida estructura cultural del Argárico-Tardío pudo romperse ante la presencia de pueblos del interior más pobres y ávidos, y que ocasionaron el deterioro irreversible de su entramado socio-económico»: las influencias se observan en las decoraciones y formas cerámicas y por el uso de las *pin-turas rojas* hematites, pero la mayor alteración se produce en los ritos funerarios, se adopta y generaliza la incineración que seguirá vigente en el mundo ibérico de Murcia hasta la llegada de las legiones romanas.

NUEVA PROSPERIDAD DURANTE LA EDAD DEL HIERRO EN MURCIA

A lo largo del siglo VIII a.C. se observa un proceso paulatino de «prosperidad material» que afecta a la zona prelitoral, los valles del Guadalentín-Segura sobre todo.



Afirma Lillo Carpio que «los colonos fenicios aportan las primeras cerámicas a torno y el propio torno de alfarero, el molino rotatorio y los primeros testimonios de objetos de hierro». Las piezas de hierro más antiguas son las del tesoro de Villena fechado hacia el año 1.000 a.C., una de ellas forma el pomo de un *cetru real*, recubierto de oro calado. Un horno de «fundición de hierro» descubierto en Librilla (Murcia) demuestra que aquí los indígenas practicaban este trabajo «por lo menos desde el siglo VII a.C.» (5), es decir, cuando aún existía «Tartessos» regida por Argantonio (nombre «celta») a fines del siglo VII a.C. En este mismo siglo se supone que llegan a las minas de Huelva, a través de los fenicios, las primeras herramientas de hierro.

En el siglo VII a.C. la región de Murcia queda inserta en el contexto económico del complejo general del Mediterráneo. Se difunden las cerámicas de *barniz rojo* «de origen fenicio», los platos de cerámica *gris bruñida* y las cerámicas *pintadas en rojo*. Las lagunas litorales y las desembocaduras de cursos de agua sirven de asiento a «pequeñas factorías orientales», desde allí remontan los cauces para llevar a cabo sus contactos comerciales: para Lillo Carpio, el cepo de ancla con inscripción fenicia, hallado en Mazarrón, es testimonio de esta presencia, igual que los colmillos de elefante (con inscripciones púnicas del siglo V a.C. (6) procedentes de Cartagena y Mazarrón, y los restos cerámicos contemporáneos.

El nombre de *Mastia-Tarseion* y su adscripción al magnífico puerto natural de Cartagena «nos aproxima al contexto general del Mediterráneo colonial» —y a la «historia» de Tartessos habría que añadir— en opinión de Lillo Carpio (que no comparto), esta es la época en que la mitología hace que nuestra Península sea escenario de gestas divinas en las que aparecen Hércules—Melkart, Gerión y sus bueyes, la ciudad de Gadir, las manzanas de oro de las Hespérides, la Atlántida y otros elementos míticos. A mi entender, es necesario precisar que a partir del siglo VII a.C. se divulga la versión *escrita* —Gerión ya aparece en Hesíodo— de viejas «tradiciones orales» antiquísimas transmitidas por los mitos y confirmadas por la arqueología en la etapa de la Cultura Mastiena del Argar.

Al parecer, en el área murciana, la población había permanecido «sumida en una crisis cultural», en un segundo plano, desde el último tercio del II milenio a.C. cuando *declina* la Cultura Mastiena del Argar (probablemente afectada por el cataclismo descrito en la Atlántida), sin embargo, a mediados del I milenio a.C. alcanza nuevamente un alto grado de evolución y una especial personalidad gracias a los estímulos comerciales que «tienen como precedente» los contactos a través de Andalucía Oriental (Turdetania) con la cultura del Bajo Guadalquivir, la «Cultura Tartésica» según Lillo Carpio.

(5) VARIOS AUTORES: *Arqueología en Murcia*, Rev. ARQUEOLOGIA n.º 53 (Madrid 1985).

(6) J. MAS: *El polígono submarino de Cabo de Palos*, Actas del VI Congreso de Arqueología Submarina, Cartagena 1982 (Madrid 1985).



El profesor Lillo Carpio olvida que, según los textos históricos, el «Reino de Tartessos» llegaba hasta el Júcar (Blanco Freijeiro, 1988), y la *Turdetania* en la que están incluidos los «bastetanos» (Estrabon III, 2,1) –nombre que vino a sustituir el de «mastienos»– se prolongaba hasta la actual Cartagena. En consecuencia, cabe imaginar que la sociedad indígena se recupera de la «crisis» postargárica y evoluciona al compás de los tiempos desarrollando su especial personalidad sobre la base cultural «tartésica» *preexistente* estimulada por contactos con fenicios y griegos.

LA CULTURA «TARTESSIO-IBERICA» MURCIANA

En los últimos tiempos se ha estudiado muy bien la evolución interna de la sociedad indígena de la Baja Andalucía, explicándola recurriendo a los textos sobre *Tartessos*. En cambio, la sociedad indígena del Sudeste Mastieno sigue siendo un misterio en que brota, por arte de encantamiento, la brillante civilización ibérica, pese a la remarcable riqueza de sus materiales ibéricos: en el Cabecico del Tesoro (Murcia) aparece la *falcata*, un arma con empuñadura demasquinada con incrustación de plata y cuatro habillas de cinturón decoradas de forma similar, esculturas, joyas, cerámicas decoradas con «carnassier», pebeteros para el culto a Deméter, etc.

Habría que reconocer que la población de la región de Murcia es una sociedad receptiva que durante *milenios* se ha habituado a la presencia de estímulos coloniales: la cultura ibérica murciana es una cultura acrisolada y lentamente desarrollada a expensas del sustrato socio-cultural autóctono, que debemos llamar «tartessio» siguiendo las fuentes literarias, una cultura que tuvo como importante factor de desarrollo la fuerte influencia de las culturas mediterráneas, en todas sus etapas históricas, a través de contactos comerciales y mestizajes.

En el Sudeste Mastieno se dan los factores fundamentales para el desarrollo de «una fuerte cultura» según Lillo Carpio: la riqueza metalífera en la zona litoral; los recursos humanos y materiales necesarios para llevar a cabo la explotación; por último, unas poblaciones tierra adentro capaces de responder a estímulos y demandas exteriores. Se conocen nada menos que 75 poblados ibéricos sólo en la provincia de Murcia.

En época ibérica, en la región de Murcia el poblamiento sigue los sistemas tradicionales mediterráneos que, con ligeras variantes, tienen su origen en el Neolítico. Algunos poblados ocupan lugares estratégicos controlando áreas ricas en recursos y explotaciones orientadas a un comercio más o menos importante –tal como hicieron sus predecesores argáricos– en este grupo se incluye el área litoral y prelitoral condicionada por «las *intensas explotaciones mineras* desde la sierra de Cartagena a la sierra Almagrera en Almería».

De características similares a los descritos, los poblados situados en las rutas



comerciales hacia el interior, controlan gargantas o pasos obligados entre montañas, y se hallan alineados a lo largo del Segura y sus afluentes: estos poblados que remontan la cuenca alta del Segura, según Lillo Carpio «conducen a la Turdetania» desde donde descienden los tributarios del Valle del Guadalquivir.

Todos estos pueblos ibéricos de Murcia «tienen un nivel de vida considerable basado en un fuerte comercio» y, a mi juicio, están incluidos en la *Turdetania* de Estrabon (III 2,1). La explotación de materias primas, sobre todo metales, la madera para la combustión, entibados, construcción y astilleros, las fibras vegetales para cordaje, velas y tejidos, las resinas, galipotes y derivados utilizados como pinturas, impermeabilizantes y adhesivos, la pesca, la salazón, los encurtidos, los aceites animales y vegetales, etc., eran «tradicionalmente comercializados»: el comercio de estos productos «era muy antiguo y a lo largo de la Edad del Bronce e inicios de la Edad del Hierro va evolucionando» (Lillo Carpio, 1989). Desde comienzos de siglo V a.C. hasta la conquista romana de Cartagena en el 209 a.C. «hay un período de trescientos años a lo largo de los cuales la explotación de recursos naturales es *intensa*».

Si superponemos los distintos mapas de dispersión de los elementos más significativos de la «cultura ibérica», bronce, armas, esculturas, adornos, pinturas, cerámica, *escritura*, etc., como bien ha observado Lillo Carpio la región de Murcia —comprendida en el Reino de Tartessos— se halla en el área de mayor concentración de caracteres definitorios de la «cultura ibérica», pues cuenta con las constantes más significativas que personalizan a esta cultura que, a mi entender, es la eclosión final del mundo «tartessio» en el espacio geográfico murciano con mayor densidad de yacimientos de la Cultura Mastiena del Argar.

LOS PUEBLOS DEL MAR Y LOS ATLANTES

Relata Tucídides (VI 1) que Sicilia fue poblada por los «sicanos» (de la región del Júcar) con anterioridad a la caída de Troya (antes del 1180 a.C.). Por tanto, si los «iberos» fueron «*imprudens maris*» (tradicionalmente traducido como inexpertos o poco hábiles en el mar), es decir, sin práctica o conocimiento del mar como se afirma, al menos para los tiempos más antiguos debería interpretarse como imprudentes por ser excesivamente osados al navegar, en la época en que fueron llamados «Pueblos del Mar» entre los cuales se citan los *mashuash* (massienos o mastienos) en las fuentes egipcias.

El nombre de Mastia-Tarseion recuerda el de los *mashuash* de las fuentes egipcias, según Blanco Freijeiro (7), «y más considerando que en el Libro de los Jubileos (un apócrifo de la Biblia de hacia 950 a.C.) la Península Ibérica era

(7) A. BLANCO FREJEIRO Y L. AABAD: *Los iberos*, Historias del Viejo Mundo n.º 16, Rev. HISTORIA 16 (Madrid 1988).



conocida con la denominación de *Mesech* tan parecida a la forma egipcia como para ser la misma». Los antiguos *mashuash* junto con otros «Pueblos del Mar» intentaron invadir Egipto como sabemos de los «atlantes» o hijos de Océano-Poseidón del que Gerión el rey de Tartessos es «nieta» en la mitología (como Jesucristo es «hijo» de David en la Biblia).

Siguiendo la opinión de Schulten, Blanco Freijeiro y otros afirman que el relato de Platón sobre *La Atlántida* se refiere a la ciudad de Cádiz en la época de la fundación fenicia. Para Lillo Carpio, Cádiz fue «patrón y modelo para el resto de instalaciones en nuestras costas», aseveración inexplicable en un arqueólogo que conoce el alto desarrollo alcanzado por las poblaciones de la Cultura Mastiena del Argar mucho antes de la llegada de los fenicios históricos.

La Atlántida está descrita como una gran potencia marítima y ya había desaparecido cuando se inicia la colonización fenicia. Ciertamente, el nombre de *Gadeiros* —el «segundo hijo»— evoca la antigua Cádiz situada en *el extremo* de a «isla-continente»: es decir, en el extremo *occidental*, no en el «oriental» como dice Blanco Freijeiro, que corresponde a Tirrenia y los etruscos. Según Platón *Gadeiros* gobernaba la «comarca vecina» del territorio de *Atlas* —único descrito— por tanto, el hermano mayor, Atlas, gobernaría el Sudeste Mastieno en la etapa de la Cultura del Argar, con una población que controla las fuentes del estaño, domina la *tecnología* metalúrgica, el *comercio* y la *navegación* (Jordá Cerdá, 1979), lo que explica la «prepotencia de los atlantes» que intentaron avasallar a otros pueblos del Mediterráneo. Combatividad poco verosímil en un pueblo pastoril y trashumante como el de la Baja Andalucía en la época del florecimiento micénico, con una población (entre 1200-900 a.C.) repartida en comunidades reducidas y dispersas que sólo hacia el 700 a.C. empieza a construir sus casas con zócalos de piedra para sustituir las primitivas cabañas.

Conocemos la extensión territorial del «Reino de Tartessos» que llega hasta el Júcar, pero la situación de la «capital» se desconocía ya en la época romana. Pese a que desde 1598 por primera vez, hasta hoy, se ha identificado Cádiz con Tartessos, no hay ningún argumento válido, científicamente, para determinar históricamente que el *núcleo central* de «Tartessos» estaba en la Baja Andalucía: la existencia de la colonia fenicia de Cádiz no es un argumento de peso.

LA ATLANTIDA Y TARTESSOS EN MURCIA

Si hacemos un recuento aproximado de los datos arqueológicos expuestos —proporcionados por Lillo Carpio— se puede observar que en el medio geográfico del Sudeste Mastieno coinciden muchos elementos atribuidos a la famosa «Atlántida» —que confirma la *prueba geológica*— y a la posterior «Tartessos». En la época en que aparecen los primeros metalúrgicos de la región murciana ya hay asentamientos «protourbanos» con una muralla cuidadosamente construída,



posibles *canalizaciones* artificiales y cultivo de la vid en el III milenio a.C. La población manifiesta su gran pericia *técnica* en el manejo de los telares y en las construcciones como el sepulcro del Cabezo del Plomo de 3.245 a.C.

En la etapa de la Cultura Mastiena del Argar hay una gran explosión demográfica. Algunas «ciudades» están rodeadas por una impresionante muralla y controlan los recursos de una sociedad con estructura monárquica. En esta época del II milenio se alcanza lo que debería llamarse una *revolución tecnológica* de enorme importancia (altas temperaturas y el uso generalizado del metal en lugar de la piedra). El gran desarrollo de la metalurgia extractiva (moldes de fundición, armas, etc.) tiene su exacto paralelo en «las industrias micénicas del bronce» (Maluquer 1985), confirmando contactos marítimos que apoya el mito sobre la lucha de Heracles y Gerión rey de «Tartessos». Las cuentas de collar «egipcias» demuestran que los contactos con otros puntos del Mediterráneo son irrefutables.

A mi entender, el acusado «declive» de la Cultura Mastiena del Argar podría ser el resultado de una prolongada guerra (Justino 44,4, habla de «los bosques de los *tartessios* en donde se cuenta que los titanes hicieron la guerra contra los dioses», la *Titanomaquia*, guerra que duró diez años), o bien la consecuencia de movimientos sísmicos, posiblemente acompañados de grandes inundaciones, que anegaron la «capital» de la Atlántida. Por consiguiente, no debe extrañar que se produjera una crisis cultural, una «*edad oscura*» y el «despoblamiento de la franja costera murciana», o la destrucción por el *cataclismo* de algunas murallas de los poblados argáricos que, a mi juicio, no «se desmontan», sino que se reutilizan más tarde para formar conjuntos de menor entidad tras una incursión de gentes trashumantes, tal vez «celtas». Que en la época del Bronce Final «de inmediato» aparezcan en Murcia *moldes* para fabricar hachas de apéndices laterales «originarias de Anatolia (Asia Menor)», significa que, pese a todo, perduraba una tradición metalúrgica que adopta las modas venidas del Mediterráneo.

LOS DATOS DE MURCIA EN EL CONTEXTO HISTORICO DE «TARTESSOS»

¿Por qué no se incluyen en el contexto histórico de «Tartessos», como debe hacerse, los datos arqueológicos obtenidos en la provincia de Murcia? A mi modo de ver, porque obligaría a revisar una serie de tópicos que se han convertido en *dogma* entre los especialistas. En primer lugar la preferencia otorgada a los «fenicios» históricos como forjadores de la cultura tartessia, sin observar que *Tarsis-Tartessos* ya existía cuando los fenicios fundan Cádiz.

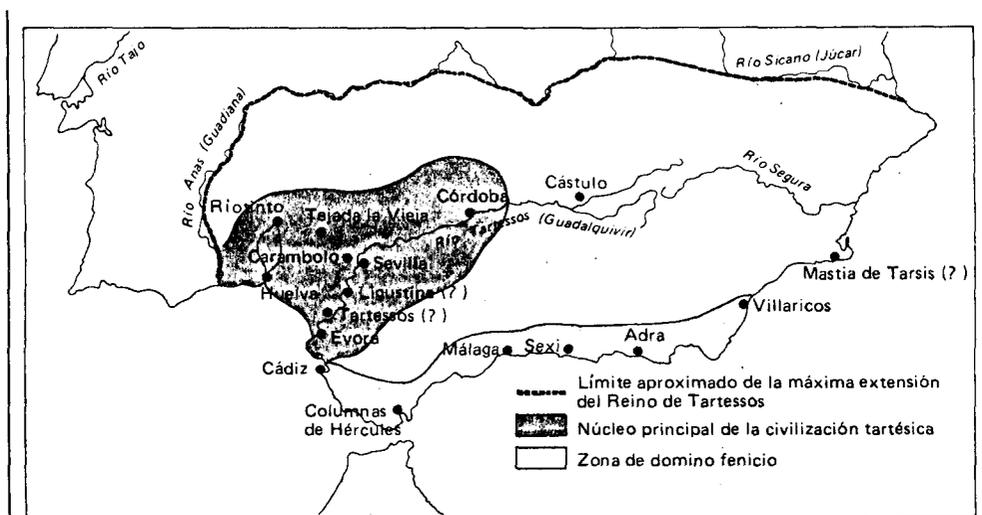
En segundo lugar, admitir que las «influencias orientales» penetran primeramente por la parte oriental de la Península (anclas «fenicias» del siglo IX a.C.



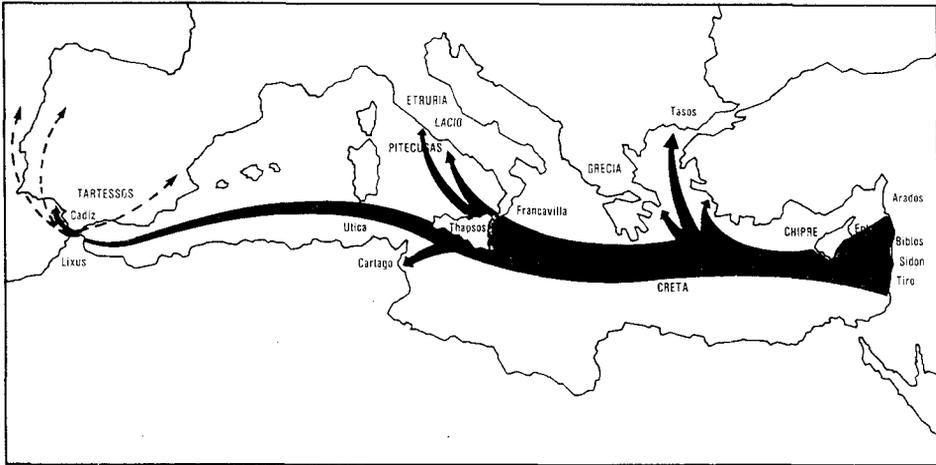
halladas en las costas murcianas) obligaría a preguntarse por qué motivo los fenicios no utilizaban como base natural de sus contactos comerciales en «Tartessos» el extraordinario puerto de Cartagena más accesible que Cádiz.

Por último, se verían también obligados a reconocer que el alto grado de evolución y la «especial personalidad» de la cultura ibérica de Murcia *no* es un mero reflejo de la cultura «tartésica» del Bajo Guadalquivir, como suponen, sino una consecuencia de contactos directos con fenicios y griegos focenses en el territorio de «Tartessos», en el que está comprendida la región murciana regida por Argantonio a fines del siglo VII.

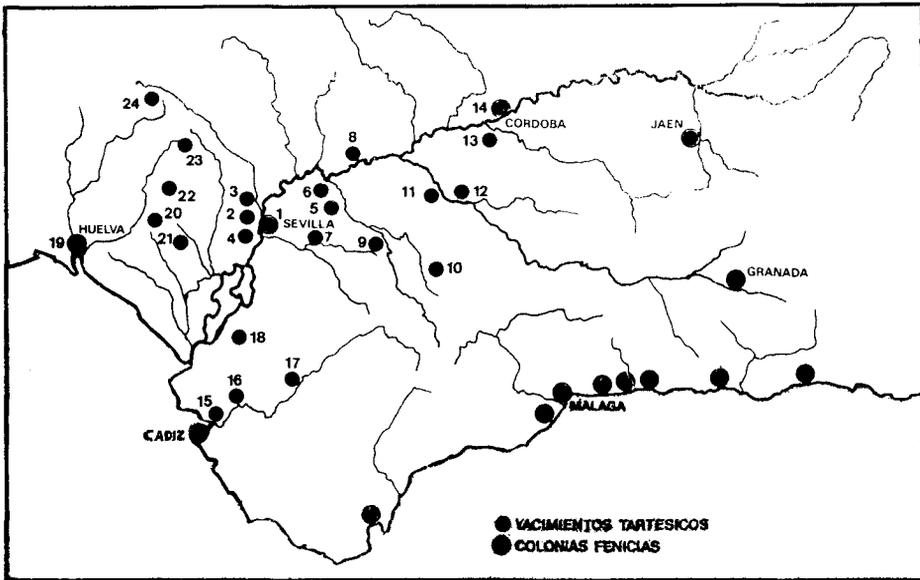
En conclusión, la «cultura ibérica» de la región murciana evoluciona sobre la base cultural *preexistente* estimulada por los contactos coloniales que actúan a modo de fermento sobre el sustrato socio-cultural autóctono que debemos llamar «tartésico» en la provincia de Murcia, probablemente *núcleo central* político-económico de Tartessos.



Máxima extensión del «Reino de Tartessos» según Santacana (Iberia, Los Orígenes, ed. Anaya, Madrid 1987)

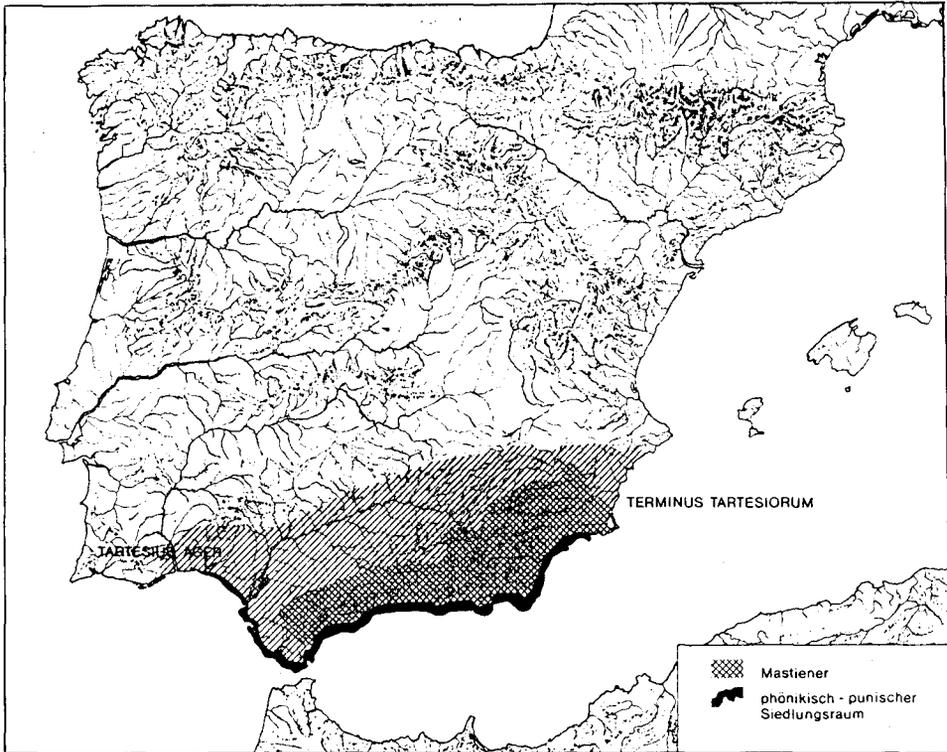


La expansión del comercio fenicio según la revista *ARQUEOLOGIA* (1986). Una «ruta fenicia» que carece de lógica científica y no incluye los datos arqueológicos de la provincia de Murcia.



«TARTESOS» según la revista *ARQUEOLOGIA* (1986). Este mapa es muy significativo como demostración de parcialidad al representar el «Reino de Tartessos».





La «Tarsis» bíblica según M. Kock (Berlín, 1984). Su obra no ha sido traducida en España, pese a que tanto escasean los trabajos verdaderamente científicos sobre «Tarsis»

CONCLUSIONES

La Arqueología es inseparable de la *historia* si se desea alcanzar un alto grado de comprensión respecto de los impulsos humanos promotores de la dinámica histórica.

Para acercarnos a la sociedad que desarrolló la «civilización tartessia» –sin que se produzcan distorsiones en la lectura cultural– es imprescindible analizar mejor las *relaciones comerciales* o los aspectos *tecnológicos* del Sudeste Mastieno en la etapa «Protohistórica», pues, las influencias orientales, como es lógico y se observa en todas las etapas históricas, penetran en *primer lugar* por la parte oriental de nuestra Península.

Hace años que me pregunto cuándo aplicarán los «nuevos arqueólogos» a nuestra Historia Antigua, a los *problemas de Tartessos*, el gran avance teórico de la «Nueva Arqueología» –con su metodología específica– para que podamos superar el «modelo» tartésico establecido por Schulten. Es decir, que en vez de «seguir anclados en los tópicos de la adusta tradición académica» (8), expresen «una nueva concepción teórica que no vaya acompañada por un evidente desprecio (¿o quizá también, en este caso, incompetencia?) por afrontar las cuestiones de fondo que deben tratarse en cualquier indagación de este estilo, ya sea de carácter histórico o antropológico», como dijo con acierto el profesor Fernández Miranda en la obra anteriormente citada.

Afrontar la cuestión de fondo en la indagación tartésica, tal como lo entiende la nueva «arqueología social», significa valorar debidamente la enorme importancia del *medio geográfico*. Es innegable que el medio geográfico de *Tartessos* comprende el Sudeste Mastieno, por tanto, si desde una «jerarquía territorial» es posible llegar a una «jerarquía social» (C. Renfrew, 1988), habría que replantearse la idea del *centro político-económico* de «Tartessos» indagando cuál es el espacio social al que corresponde la «jerarquía territorial». En primer lugar, porque la situación geográfica de la Baja Andalucía difícilmente puede ostentar la «jerarquía territorial» por las dificultades del cruce del Estrecho de Gibraltar y sus consecuencias para un comercio intensivo con los colonizadores.

En cambio, en el Sudeste Mastieno –territorio propiamente *tartessio* según los textos (Polibio III 24,4; Avieno, Ora Mar. 462)– que ostenta la «jerarquía económica» por su gran riqueza en metales y su alto desarrollo *tecnológico*, el espacio social se relaciona con una verdadera «jerarquía social» (está documentada la existencia de «verdaderas *dinastías*», según Maluquer en el II milenio, y en época ibérica tumbas monumentales con importantes esculturas, escritura, etc.) y ésta, a su vez, comprende la «jerarquía territorial» (mayor proximidad a los centros de la civilización, buen puerto en Cartagena accesible con facilidad,

(8) VARIOS AUTORES: *La Nueva Arqueología*, Revista de Occidente, n.º 81 (Madrid, 1988).



nudo de comunicaciones con el resto de la Península, y vías comerciales ancestrales). También se relaciona con la que podríamos llamar «jerarquía tecnológica» desde la etapa del Argar en el II milenio (avances tecnológicos en la explotación del metal, núcleos urbanos, comercio bien organizado, almacenamiento de cereal, tejido tan perfecto como si fuera actual) y por último –quizá lo más importante– la exacta coincidencia de los testimonios escritos y la arqueología en todo el proceso histórico de *Tartessos*, desde la época «fabulosa» del II milenio –Gerión es hijo de Crisaor «el de la espada de oro» y en la cultura argárica se documentan las espadas con *empuñadura de oro* –hasta la conquista cartaginesa que anuló a Tartessos.

Al instalar la «capital» cartaginesa en Cartago Nova (Cartagena) –pese a que conservaban su base de Cádiz–, Asdrúbal demuestra que lo que codiciaban los cartagineses era el control de los recursos económicos de los *Tartessio-Mastienos* y el dominio del puerto de Cartagena: el disfrute de tales riquezas les durará poco a los púnicos, pronto será Roma la que controlará los recursos materiales de la región murciana que contribuirán a convertirla en la potencia hegemónica del Mediterráneo.

En época romana, según Estrabon (II 3,6-8), Posidonio decía: «es posible que no sea ficción lo de la isla *Atlántida*», a mi modo de ver, conclusión que sacó tras su estancia en Hispania al observar que «el mundo subterráneo parece ser habitado, no por Hades, sino por Plautón» (dios de la riqueza y otro nombre de Hades), pues Posidonio (Estrabon III 3,9) «cree la leyenda» sobre la Turdetania –relata que «incendiándose unos bosques el mineral de oro y plata se fundió y salió a la superficie»– leyenda que corrobora la *prueba geológica*: los montes y terrenos desde el cabo de Gata al de Palos, configuran lo que los geólogos denominan una *región ígnea* en la que encuentra su confirmación material la existencia de arroyos de plata fundida (Saavedra, 1929) tras el incendio de unas montañas extendidas desde el «mar del sur» (Diodoro V 35), plata que enriqueció a los fenicios.

El prolongado expolio romano y la anulación total del poder político-económico del mundo indígena –sustituído por el poder romano– es la verdadera causa de la desaparición de «*Tartessos*», un pueblo que hunde sus raíces en la Prehistoria y cuya evolución nos describe la «Protohistoria» a través de los mitos confirmados por la arqueología de la provincia de Murcia en la etapa de la Cultura del Argar donde se documenta la existencia de «reyes»: es «la cultura de la Edad del Bronce más importante del occidente europeo» (V. Lull 1983) y cronológicamente coincide con los *micénicos* apoyando los «mitos» sobre los monarcas de *Tartessos*.

